

# La ética policiaca. "El caballero y la muerte" y "La bruja y el capitán", de Leonardo Sciascia

Castillo Alarcón, Noé

1991

---

<https://hdl.handle.net/20.500.11777/4281>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

## LA ÉTICA POLICIACA

*El Caballero y la Muerte* de LEONARDO SCIASCIA, ed. Tusquets, trad. de Ricardo Potchar, México, 1990, 112 pp.

*La Bruja y el Capitán* de LEONARDO SCIASCIA, coed. CNCA y Editorial Patria, trad. de José Ramón Monreal, México, 1990, 109 pp.

Para la mayoría de los lectores contemporáneos el sinónimo más exacto a la vez que el rasgo de personalidad mejor delineado de la novela moderna es el caos. Nos hemos acostumbrado ya a la compleja orografía argumental, a las sinuosidades formales, a los abruptos juegos con el tiempo de la novela a partir de los rusos, continuando con todos sus discípulos hasta hoy; características éstas que se han asumido como únicos certificados de calidad con validez exclusiva para aquellas obras y autores que les son sumisos.

Las ficciones modernas tienden a la vaguedad, a la supresión de personajes, a elaborar estructuras argumentales complejas hasta extremos antes inadmisibles. En la poesía, se apuesta por el verso libre privilegiándolo sobre el verso regular, en aras de una engañosa cuanto supuesta facilidad. Ambas caracterizaciones no ignoran, mucho menos invalidan, obras, escritores y momentos luminosos que sería en exceso prolijo enumerar. Sin embargo, con demasiada frecuencia "esa libertad plena acaba por equivaler al pleno desorden",<sup>1</sup> dicho por Borges en el mismo sentido y a efecto de lo mismo.

No obstante, tal vez sea por la natural asunción de esta "libertad" en el espíritu de la modernidad, el que la novela policiaca padezca hoy la lectura desdeñosa, cuando no la ignorancia, de nuestras generaciones. Este género ha mantenido distancia frente a la turbulencia, conservando con discreta humildad las virtudes clásicas aunque ello le ha costado transitar una gran parte de nuestro siglo sin gozar de las fervorosas apologías que a otras provincias literarias generosamente se han prodigado.

La mejor defensa —sabidamente innecesaria— la ha aportado una minoría integrada por algunos de los más ilustres espíritus sosegados de nuestro siglo, quienes han vuelto la mirada hacia este género casi olvidado.

Es el caso del nunca suficientemente citado Jorge Luis Borges, quien profesó la pasión por el cuento policiaco dejándonos, gracias también

<sup>1</sup> Jorge Luis Borges, en el Prólogo a la *Invencción de Morel*, de Adolfo Bioy Casares, ed. Alianza, Madrid, 1972.

a los buenos oficios de otro excepcional creador de ficciones, Adolfo Bioy Casares, un divertido conjunto de relatos detectivescos protagonizados por el singular Isidro Parodi, inteligentes aunque no tan bellos como esos versos del último Borges que son una suerte de homenaje al héroe clásico del género: "*Pensar de tarde en tarde en Sherlock Holmes es una / de las buenas costumbres que nos quedan. La muerte / y la siesta son otras.*"<sup>2</sup> Sin olvidar, por supuesto, ese par de cuentos perfectos: "La muerte y la brújula" y "El acercamiento a Almostasim", a caballo entre la filosofía y el hermetismo, estilo filial del de Chesterton, bien asimilado por otro peculiar escritor esotérico-policíaco (si tal adjetivo es posible) de nuestros días, Umberto Eco.

No es de Borges, sin embargo, de quien debemos hablar aquí; hemos invocado su presencia a beneficio de puente y talismán para referirnos a otro autor que nos es igualmente entrañable: Leonardo Sciascia (quien, por si fuera poco, compartía con el argentino un desusado amor por las bibliotecas y la devoción por la prosa de Stevenson), cultor de la novela policíaca.

Los libros de Sciascia protagonizan estas líneas. La editorial Tusquets en nuestro país publicó en 1990 la última novela de nuestro autor, escrita meses antes de su muerte (a los 68 años, casi para concluir 1989) bajo el profético título de "El caballero y la muerte", que alude al nombre del grabado de 1513 de Albrecht Dürer, "El caballero, la muerte y el diablo", mismo que desde la portada es una presencia constante en la novela.

Más allá de la propia declaración de Sciascia: "Encuentro que la técnica de la novela policíaca es hoy la más honesta, porque tiene vocación de narrar", tras la lectura de sus libros, y en especial de *El caballero y la muerte*, uno no se resigna a abandonarle definitivamente en los de por sí dignísimos dominios de lo detectivesco. Sucede con él que, además de narrar con sobria maestría: estilo conciso, frases incisivas, plásticas, prefiere los textos y libros breves, aquello que narra tiene la virtud de conmover nuestro espíritu en grados que no es común atribuir a las tramas policíacas.

*El caballero y la muerte*, detrás de la forma de un típico relato detectivesco donde un vicecomisario de policía atormentado por el cáncer busca esclarecer el asesinato de un poderoso abogado y político, cuya muerte reivindica una organización terrorista que se da el nombre de "los hijos del 89" en alusión al año de la consumación de la Revolución Francesa, plantea nuevamente el tema de la justicia frente a esas formas del poder contemporáneo "que progresivamente va degenerando en la inexplicable forma de una concatenación que aproximadamente podríamos llamar mafiosa".<sup>3</sup>

<sup>2</sup> Jorge Luis Borges, en *Los Conjurados*, ed. Alianza, México, 1986.

<sup>3</sup> Sciascia citado por Federico Campbell en *La memoria de Sciascia*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1989.

Justamente esa palabra: "mafioso", nos obliga a referirnos a la clave más poderosa que une toda la obra de Leonardo Sciascia: *Sicilia*. No basta decir que Sciascia es italiano, es imperioso afirmar que comparte con Luigi Pirandello —otra enorme figura literaria— la pertenencia a Sicilia, esa célebre isla mediterránea considerada por él como "una representación de tantos problemas, de tantas contradicciones, no sólo italianas sino también europeas, que muy bien pueden constituir la metáfora del mundo moderno", un mundo cuya "omnipresente fealdad [...], misericordiosamente velada por la costumbre, surge brutalmente a nuestro menor instante de angustia",<sup>4</sup> esto último dicho en voz de Milan Kundera.

Entre los sicilianos, a decir de Sciascia, siempre ha habido una idea muy arraigada: la creencia de que para ser completamente uno mismo hay que estar solo, que la soledad es el ámbito en el que uno se reencontra, que los otros nos apartan, nos seccionan, nos multiplican, que con los otros no se consigue ser criatura, sólo personaje. Sicilia se convierte así en el escenario de esta gran reflexión sobre la irremediable soledad de los hombres: "... todos mis libros constituyen uno solo. Un libro sobre Sicilia que toca los puntos más dolorosos del pasado y el presente y que gira en torno a la historia de una continua derrota de la razón y de quienes se han visto afectados y destruidos por esta derrota".<sup>5</sup>

Justamente ése es el centro temático de su segundo libro que aquí comentamos: *La bruja y el capitán*, concluido en 1985 a manera de "cuento-encuesta", sobre un caso de brujería del siglo XVII, que revive el juicio seguido a Caterina Medici, joven sirvienta condenada a la hoguera por obra de los retorcidos métodos inquisitoriales de que tenemos desafortunada memoria sicilianos y mexicanos por igual.

La historia, reconstruida con minuciosidad, por el estilo con que es resuelta, puede leerse también como un homenaje a la prosa de Alessandro Manzoni, escuela de la que Sciascia se declara orgulloso discípulo.

*La bruja y el capitán* es un libro escrito en el espíritu de que por más amargas, dolorosas y angustiosas que sean las cosas sobre las que uno escribe, el escribirlas es ya siempre un motivo de alegría, es siempre un "estado de gracia", actitud ésta que ya es motivo suficiente para dejarse seducir por Sciascia, para declararse devoto de este misterioso escritor que tiene la autoridad y la belleza para siempre que le permite hoy, mejor que nunca en la patria de los muertos, reclamarle, gritarle al mundo que está transformando en algo indigno de la vida, reivindicando así para la literatura su íntimo deber ético.

NOÉ CASTILLO ALARCÓN

<sup>4</sup> Milan Kundera, *El arte de la novela*, ed. Vuelta, México, 1988.

<sup>5</sup> Leonardo Sciascia en *Las parroquias de Regalpetra*, ed. Alianza, Madrid, 1990.